

Los nuevos espías: alguien mira lo que escribes

J. A. MARTÍN — PEREDA

Cuando el fin de la guerra fría parecía que había dado al traste con todo un conjunto de usos y actividades con las que nos habíamos acostumbrado a convivir desde los años cuarenta, una noticia que circula estos días por los periódicos nos ha hecho volver de nuevo al pasado. Los grandes temas de espías surgidos del frío, las llamadas misteriosas a personas que no existen, los complicados engranajes para la transmisión de informes secretos..., todo eso parecía ya cosa del ayer. Le Carré se había visto obligado a cambiar el escenario de sus novelas y la Plaza Roja ya no era el lugar de encuentros casuales que se habían planificado desde Londres. Eso parecía, al menos.

Pero, como todo, las aguas siempre retornan a su cauce. Porque el tema de los dobles agentes y el flujo de información reservada sigue vigente. Últimamente las tramas de espías se habían centrado en espionaje industrial y en guerras de mercados. A lo más que se había pasado era a escenarios con narcotraficantes o terrorismo fundamentalista. Pero, por las últimas noticias que llegan, parece que Moscú, capital ahora de la nueva/vieja Rusia, y Washington, centro hoy de la única superpotencia, siguen enfrascados en análogas tareas a las que mantenían hace algunos años.

En el último número de la revista *Time*, en el recuadro dentro del espacio reservado al tema, se hace alusión a la posible forma mediante la cual puede ser que se conociera la existencia de un posible espionaje por parte de Aldrich Hazen Ames. El objetivo era introducirse en el ordenador personal del posible espía y ver qué tipo de información manejaba.

Desde hace mucho tiempo, colarse en las grandes redes de ordenadores por medio de ordenadores personales conectados mediante un simple *modem* y apropiarse de información

clasificada ha sido tema común de novelas. El cine dio una de las mejores muestras de cómo se podía hacer con la película *Juegos de guerra*, que, aunque algo exagerada, no decía mucho más que lo que todo el mundo sospechaba. Un relato también sobre este tema, *The Cuckoo's Egg: Tracking a spy through the maze of Computer Espionage*, de Cliff Stoll, muestra el hecho real de un intruso que en 1989, desde Hannóver y a través de la red de datos alemana, se introducía en los principales centros americanos por medio de los ordenadores del laboratorio Lawrence en Berkeley, California. Centros de las Fuerzas Armadas americanas, tanto de tierra como del aire o navales, eran completamente transparentes para este espía de finales del xx. La poca confidencialidad de los potentes sistemas de cálculo y almacenamiento de datos quedaba así puesta de manifiesto de una manera patente.

Pero lo que esta semana se puede leer en *Time* sobrepasa, con mucho, a todo lo que hasta ahora intuíamos. Según parece, y aunque los detalles no son muchos, es posible conocer lo que cualquier persona está escribiendo en su ordenador personal mediante métodos de vigilancia electrónica. O, dicho de otra manera, es posible *pinchar* un ordenador de igual manera a como se interceptan los circuitos telefónicos.

Enseguida se pensará que eso no es nuevo, que es algo que se lleva haciendo desde hace mucho tiempo y es equivalente a lo anterior del espía detectado en Berkeley. Si se dice eso es porque se habrá pensado que la técnica que se usa es una de las que, en el artículo de *Time*, se designan como *pasadas de moda*. Una forma de hacerlo sería entrar en la casa del sospechoso, conectar un diminuto dispositivo en su ordenador y hacer que transmitiera lo que éste fuera escribiendo. De esa

forma sería captada la información que manejaba. Otra, más efectiva, sería introducir otro sistema en el computador y, por control remoto, ponerle en funcionamiento cuando no estuviera presente su dueño. En ese momento se podría acceder a todos sus ficheros. Finalmente, la forma más directa y expeditiva sería entrar en su domicilio y leer todo lo que tuviera almacenado en los discos de su ordenador.

Pero la forma que me ha parecido más de futuro-ficción es la que, según comentan, puede haber sido la usada en este caso. Se trata de situarse a alguna distancia del sospechoso y esperar a que empiece a teclear. El proceso de escritura en la pantalla del ordenador está relacionado, como todo estudiante de cualquier curso elemental de física conoce, con la producción de campos electromagnéticos que encaminan los electrones hacia aquella. Mediante complicadas y sofisticadas técnicas de recogida de señales radioeléctricas es posible procesar la información contenida en estas ondas y, convertida en caracteres, recogerla en la pantalla de otro monitor.

En este momento poco puede ya extrañarnos que, de una forma u otra, la actual tecnología sea capaz de hacer cualquier cosa. Por tanto, lo anterior no debe sorprendernos. Pero si conducimos a plantearnos la situación de indefensión en que se encuentra cualquier mortal frente a las posibilidades de intromisión en su vida privada. No es sólo a través de las comunicaciones móviles por donde se podría acceder a las conversaciones privadas. Es que puede ser posible que alguien esté captando en un cierto momento lo que alguien escriba a altas horas de la noche, cuando piensa que a su alrededor sólo hay paz y tranquilidad.

Catedrático de Tecnología Fotónica.